



*Correspondencia inédita de don Francisco de Ibarra,
un capitán español destinado en Flandes, autor de la relación de las
campañas de la guerra del bajo palatinado en 1620 y 1621*

CARMEN FERNÁNDEZ-DAZA ÁLVAREZ

Entre las muchas joyas manuscritas que custodia la *Hispanic Society of America* de Nueva York se halla un epistolario del siglo XVII, que perteneciera originariamente a la desaparecida biblioteca del marqués de Jerez de los Caballeros, formado por un conjunto de cartas, borradores, poemas, papeles y billetes de distinto carácter escritos a Don Juan Antonio de Vera, I conde de la Roca (1583-1658), conocido político y diplomático, agente de Olivares, hombre de letras, escritor... un personaje, en fin, variopinto y polifacético, muy a tono con el barroco y sus contrastes, con el juego de luces y sombras que todo entonces lo envolvía¹.

I Sobre este personaje v., p.ej., Cinti, Bruna, *Letteratura e politica in Juan Antonio de Vera, ambasciatore spagnolo a Venezia (1632-1642)*. Venezia, Univ. Editrice, 1966; Ginarte, Ventura. *El Conde de la Roca (1583-1658). Un diplomático extremeño en Italia*. Madrid, 1990; Hempel, Wido, "In onor della Fenice Ibera. Über die Essequie Poetische di Lope de Vega, Venedig 1636, nebst einer Kommentierten Ausgabe der *Orazione del Cavalier Marino* und Des *Ragguaglio del Parnaso*" en *Analecta Romanica*, Heft (13), 1964; Fernández-Daza Álvarez, Carmen. *Juan Antonio de Vera, I conde de la Roca (1583-1658)*, Badajoz Diputación Provincial-Servicio de Publicaciones, 1994, y Fernández-Daza Álvarez, Carmen, *El primer conde de la Roca*, Badajoz, Editora Regional de Extremadura, 1995.

Tras una signatura aséptica, B2467, se esconden retazos de tiempo y de vida contenidos entre 1611 y 1620 que la fortuna ha tenido a bien salvar del olvido². Entonces el receptor de las cartas era morador de Sevilla y aún no se había introducido de pleno por entre las rendijas del poder, ni caminaba en pos de ningún valido; todavía no era conde de la Roca, ni se había entregado al ejercicio político. A orillas del Betis había fraguado una vida intensa, a veces precipitadamente, tras abandonar su Extremadura natal y aunque sabía que su destino se debía librar en la corte, eran muchos y muy amados los lazos que lo aferraban al pie del Guadalquivir, una ciudad en la que se había formado cultural y estéticamente, donde había acrecentado su gusto por lo bello, traducido en el apego a la bibliofilia, las obras de arte y el conjunto de mercadurías exóticas que atracaban en el puerto, y que él conocía bien por los negocios de su suegro, el comerciante de origen extremeño Pedro de Mendoza.

En ese epistolario se encuentran seis cartas escritas desde Flandes, muestras de una correspondencia amplia y continuada, según las mismas palabras de su emisor permiten vislumbrar. La mano, firme y apasionada, de aquel español que se entregaba en epístolas al amigo, era la de un capitán de quien se conocen a penas los datos biográficos que A. Morel-Fatio publicó muy sucintamente en el prólogo de la que fue la primera edición de la única obra del soldado, una historia sobre las campañas militares en el Bajo Palatinado durante los años de 1620 y 1621, que conserva manuscrita la Biblioteca Nacional de París y que durante algún tiempo se consideró anónima³. Datos biográficos que además, debido quizás a la premura por publicar aquel inédito y a las propias dificultades investigadoras del XIX, descuidaron suministrar al lector las informaciones que sobre la familia y el autor del manuscrito custodiaban los archivos españoles, informaciones debidas a la importancia con la que el abuelo, el padre, el hermano y el mismo biografiado se habían distinguido política y militarmente entre los reinados de Felipe II y Felipe IV.

2 El ms. B2467 de The Hispanic Society of America de Nueva York fue descrito por Antonio Rodríguez-Moñino y María Brey en el *Catálogo de los Manuscritos Poéticos Castellanos existentes en la Biblioteca de The Hispanic Society of America (siglos XV, XVI y XVII)*. New York, The Hispanic Society of America, 1965, Tomo I, págs.480-481.

3 Morel-Fatio, A., "Relation des campagnes du Bas Palatinat en 1620 y 1621 par don Francisco de Ibarra" en *L'Espagne au XVI et XVII^e siècle. Documents Historiques et Littéraires*. Heilbronn, Henninger frères, 1878, págs.315-488. Eugenio de Ochoa en el *Catálogo de los manuscritos españoles...* París, 1844, pág.143, daba a entender que esta *Relación* era anónima. Existe una hermosa edición española impresa en Barcelona, Imprenta de la V.É.H. de J. Subirana, 1884 (donde se incluye también las *Guerras de los Estados Bajos* de Carlos Coloma), edición que reza *Guerras del Palatinado y de los Estados Bajos*.

El autor de la *Relación*, el emisor de las epístolas que ahora publicamos, don Francisco de Ibarra, era en aquel entonces un capitán de lanzas destinado en Flandes (él mismo lo confesaba en su historia⁴) que tenía sobre sus espaldas toda una tradición familiar que lo ligaba a la milicia y a los Países Bajos.

La hidalga familia Ibarra era originaria de Eibar, en la provincia de Guipuzcoa, donde había nacido Don Francisco de Ibarra Aizpiriz, abuelo del autor de la *Relación de las Campañas del Bajo Palatinado*, o *Relación de las Guerras del Palatinado*, como también se la conoce⁵. Fue aquél caballero de la Orden de Santiago desde 1558 y comendador de Santa Cruz de la Zarza en ella, título otorgado en San Lorenzo el Real el 8 de marzo de 1575⁶. Perteneció al Consejo de Guerra de Felipe II y alcanzó los cargos de Proveedor y Comisario General de sus Ejércitos y Armadas y, con posterioridad, de Veedor General de la Armada de la Liga, hallándose con Don Juan de Austria en la Batalla de Lepanto.

Estuvo casado con Doña Beatriz de Vargas, natural de Toledo, y fueron padres de Diego de Ibarra y Aizpiriz Vargas -progenitor del personaje que nos ocupa⁷-, de quien tantos elogios por su valía militar hallamos en la correspondencia existente entre el Archiduque Alberto y Felipe IV, pues no en vano Don Diego había sido Mayordomo Mayor del primero y Consejero de Estado del segundo, del monarca español.

Este militar afamado, caballero de la Orden de Santiago y Comendador de Villahermosa en ella, acompañó a su padre en la batalla de Lepanto y fue embajador de Felipe II en Francia cerca de la Liga Católica. Entre sus cargos, junto a su ya

4 Ibarra, Francisco de, *Relación...*, *opus cit. supra* nota 3, lib.III, pág.403, decía: “eligió para esto a Don Francisco de Ybarra que, como se ha dicho, servía en aquel ejército una compañía de lanzas”. V también el documento IV, fechado el 24 de abril de 1621, del Archivo General de Simancas, publicado por Morel-Fatio en su edición de la obra de Ibarra, documento que reproduce la ed. española de 1884: “Don Francisco de Ibarra refiere en un memorial que ha que sirve a V.M. más de trece años en los Estados de Flandes, los siete de capitán de lanzas, habiéndose hallado en todas las ocasiones que se han ofrecido, y últimamente en la entrada del Palatinado, donde, cuando Don Diego Mejía pasó a tomar algunas villas y castillos cerca de la Mosela, fue por cabo de la caballería que llevó, y en la toma de los castillos de Piquelen y Trarbac asistió siempre en las trincheras y en los demás que se ofreció...”.

5 La familia tenía parentesco con el famoso conquistador y colonizador español, natural de Eibar, Francisco de Ibarra (1539-1575), capitán general de Nueva Vizcaya, fundador de Durango y Nombre de Dios. En 1576 acometió la conquista de Chiametía y creó la ciudad de San Sebastián.

6 Salazar y Castro, Luis de, *Los Comendadores de la Orden de Santiago*, Madrid, Patronato de la Biblioteca Nacional, 1949, vol.I, pág.316.

7 García Carraffa, Alberto y Arturo, *Enciclopedia Heráldica y Genealógica Hispanoamericana*, Madrid, 1932, T.44, pág.245.

apuntada pertenencia al Consejo de Estado, se hallaron el ser Veedor General de Los Estados de Flandes, Capitán General de la Caballería de Sicilia, Consejero de Guerra de Felipe IV y miembro de la Junta de Guerra de Indias⁸. De su valor y capacidad castrense encontramos jugosas referencias en la obra, a él dedicada, de Carlos Coloma, marqués del Espinar, las *Guerras de los Estados Bajos*, dirigidas a su persona en cuanto él era “testigo de vista de lo allí narrado”.

Durante su estancia en Italia como Capitán General de la Caballería de Sicilia, casó allí con la noble dama Doña Isabel Barresi Brancifort, natural de Militelo. Del matrimonio nacieron dos hijos, nuestro Francisco, y Diego, que con el tiempo fue I marqués de Taracena, y antes vizconde de Centenera, localidad que lo viese nacer⁹.

Por su parte, Don Francisco de Ibarra Barrés, a quien van dirigidas estas líneas, había nacido en Palermo, y tempranamente ingresó en la Orden de Santiago, el 7 de febrero de 1604. Fue, como su padre, comendador de Villahermosa, encomienda que en 1627, una vez fallecido Francisco, pasó a pertenecer a su hermano Diego. Con tal distinción santiaguista se reconoce en los preliminares de la *Relación* militar por él escrita, hecho que deshace la duda que ciertos historiadores tenían al respecto. Entre sus ocupaciones políticas merece destacarse el que fuese embajador en Lorena, ya que a su pericia con las armas unía Don Francisco las dotes para la diplomacia y el gusto por el refinamiento palatino, siendo, a juzgar por la correspondencia conservada, un fino cortesano, en el más grato sentido de la palabra. Casó Don Francisco en Flandes con Doña María Enríquez Boonen, natural de Bruselas y en esa ciudad nació su único hijo, Diego, quien continuaría la tradición santiaguista y militar de la familia.

Seguramente nuestro personaje inició la carrera de las armas en Italia y posteriormente en Flandes, bajo los auspicios paternos, pero desconocemos su actividad en fecha anterior a 1620. En un memorial presentado por don Francisco de Ibarra al Consejo de Estado el año de 1621 decía llevar trece años de servicio en los Países

8 Salazar y Castro, Luis de, *op. cit. supra* nota 6, págs.340-341.

9 Carlos de Ibarra fue conocido por su pericia marinera. Desde el año 1618 capitaneó escuadras a Indias, hasta su fallecimiento en 1640. Su gloriosa carrera estuvo jalonada con avatares como el de la expedición que enviase de Cartagena de Indias (Colombia) hasta España en 1638, con galeras cargadas de oro. Una escuadra holandesa, potentísima, tres veces superior a la suya, intentó apoderarse del cargamento pero Ibarra defendió su misión entablado hasta tres combates que alejaron a los holandeses y ocasionaron entre aquellos la pérdida de siete buques y unas bajas de 400 hombres. Tras su llegada a España, Ibarra fue recibido como un héroe, imprimiéndose en Sevilla, Madrid y Veracruz (México) un conjunto de relaciones sobre lo acaecido. Participó en 1638 con 14 navíos en la Guerra de Cataluña.

Bajos, siete de ellos como capitán de lanzas¹⁰. Esta declaración y el relato de su propio actuar en 1620 y 1621 es cuanto sabemos de su *curriculum* bélico.

En la armada del Palatinado, en 1620, Spínola distinguió a nuestro capitán colocándolo en la cabeza de su compañía de lanzas. En esta primera campaña Ibarra sobresalió por sus esfuerzos militares en la lucha contra la Unión Protestante pero sobre todo fue en la toma de Waldböckelheim y Trarbach, bajo las órdenes de don Diego Mejía, el momento en que se destacó con enorme ventaja por su actuar militar entre sus camaradas.

En cualquier caso, detalles concretísimos de su intervención en el conflicto se hallan narrados con minuciosidad en la *Relación* por él escrita, sobre todo en los libros III y IV. La obra, redactada con estilo pulcro y en un correctísimo castellano arrancado del más fino corazón literario de nuestro siglo de oro, no es sólo una fría crónica militar, en cuanto en ella desvelamos el alma apasionada del autor y su inclinación a la política y la diplomacia. La breve relación de Ibarra, poeta y dramaturgo aficionado, está jalonada por descripciones geográficas y comentarios acerca de la situación política española, tanto desde el punto de vista tocante a los asuntos internos, cuanto del actuar del imperio en política exterior. Practicaba él la creencia, al igual que Coloma y otros escritores del momento (creencia suscrita por algunos autores del Renacimiento) de cómo la Historia no ha de componerla, *doctus cum libro*, el erudito alejado de los lugares donde aquélla sucede, sino que la “Gustosa Historia” ha de llegar de la mano de quien ha visto y ha sentido y por ello ha estado; la verdadera Historia es aquella nacida del conocimiento directo y de la práctica día a día de los asuntos militares y políticos, idea que, por otra parte, ya Heródoto apuntaba en su distinción de lo que él había visto y lo que sólo había oído, o leído, convencimiento que igualmente movería a Gutiérrez Díaz de Games o a Luis Dávila y Zúñiga. Don Francisco de Ibarra escribió:

“Los sucesos que tuvieron las armas del rey don Felipe III nuestro señor, movidas en los Países Bajos el año 1620 contra el estado de Federico, conde y elector Palatino, injusto usurpador del reino de Bolonia, pretendo escribir, como testigo de la mayor parte de sus efectos, medroso de que el descuido de quien pudiera hacerlo mejor deje la verdad de estas cosas en manos de las relaciones de quienes no la vieron, y por eso sujetas a los errores que contienen todas las historias a quien sucede esto, y, lo que es peor, la fama y premio de lo bien hecho expuesta a que la defraude el odio, la afición y la lisonja”¹¹.

¹⁰ Morel-Fatio, A., *opus cit. supra* nota 3, documento IV, e introducción, pág.318.

¹¹ Ibarra, Francisco, *op. cit. supra* nota, ed.de 1884, pág.7.

Como ejemplos de su prosa y su capacidad histórica más allá de la sola dedicación al género militar -género, por otra parte, muy difícil-, entregaremos al curioso lector dos páginas entresacadas de la obra de Ibarra; una de ellas traza el dibujo geográfico y político del lugar donde los hechos acaecieron, el Palatinado, que se asemeja por su forma en la redacción al inicio obligado de muchas de las relaciones diplomáticas de nuestros embajadores de entonces, y dice así:

“Es el Palatinado del Rhin una provincia, aunque pequeña, de las más fértiles y pobladas de Alemania. Contiene algo más de 20 leguas de longitud, y de latitud poco más de doce; divídela casi por medio, en forma de diámetro el Rhin, llamándose superior todo lo que está de otra parte, e inferior lo que está de ésta. Considerándolo desde el País Bajo, fertilízanla con maravillosa espesura muchos ríos, algunos harto grandes, los más principales, fuera del Rhin, la Mosela, el Meno, el Necher, el Nar y al Lauter, que la atraviesan y cruzan por la parte siniestra viniendo desde Flandes. Hace (cuando se juntan con el Rhin cerca de Maguncia) uno como medio arco el Meno, atravesando por Francfort, ciudad imperial principalísima, y lo propio, siguiendo el mismo lado, el Necher a vista de Eidelburg, corte de aquel Estado, de manera que casi entre estas dos riberas le rodean y ciñen por aquella parte; y por la siniestra, apartándose del Rhin desde Vingen, el Nar, atravesando a Crezenach, hace otro medio círculo, que se desvía de la provincia no lejos que donde el Lanter, puede decirse, le continua hasta desaguar en el Rhin junto a Manen, plaza de la más fuerte de aquel condado. Del cual baña también otro pedazo la Mosela, ciñiéndole desde cerca de Coblens hasta no lejos de Trevers, en cuyo espacio de tierra se contienen algunas villetas; entre ellas la más principal, especialmente si se considera la fortaleza del sitio, Trabac, y otras no despreciables, de aquella parte del país llamado el Honstrunk, contenido entre la Mosela y el Nar. Es este Estado respecto de sus breves límites un pedazo de tierra harto estimable.

Cuéntanse en él, fuera de los villajes y castillos, cuarenta y ocho entre villas y burgos cercados, pudiendo, según nuestro uso, responder a las primeras a lo que en España llamamos ciudades, aunque no son muy grandes, y a los segundos a las villas, puesto que contienen calles y casas harto vistosas y bien formadas y algunas veces nada inferiores a las otras entre las villas. Tiénese por la más principal Heydelberg, corte y asiento de aquel príncipe, situada, como se ha dicho sobre el Necher, en sitio en extremo ameno y apacible. Tienen algunos ser ella la que Ptolomeo llamó Budoris, otros que

Manem; memorable, entre otras cosas por haber sido prisión del Papa Juan III en el Concilio de Constancia. Son sus contornos en extremo fértiles de vino, trigo, aceite y todo género de frutos, como todo lo restante del estado. En el año 1546 fundó en ella Roberto, conde Palatino, una universidad que floreció no poco en buenas letras y varones insignes, hasta que la herejía deste infelice siglo las corrompió el año 1556, en tiempo de Otto Henrique, señor de aquel estado, que exterminó de todo él la religión católica, y puesto el cuchillo de las ciencias en manos de furor y ceguera de la impiedad, produjo sujetos ingeniosos y perniciosos al par.

Divídese toda esta provincia en cuatro perfecturas o porciones: Heyldelberg, la más principal, Albeyn, Neustat y Mostach; pero estas dos villas últimas no son, aunque cabeza de partido, de igual dignidad a las primeras...”¹².

El segundo texto seleccionado está extraído de un análisis político del valimiento, tras la caída de Lerma. Leamos la opinión de Ibarra sobre Felipe III y su ministro Gómez de Sandoval:

“[Felipe III] vivió 43 años menos 14 días, y reinó de ellos 22 y o meses, Príncipe que, para hablar de él sin adulación, se puede afirmar que , a no serlo, ningún hombre pudiera igualar sus virtudes. Pero es cierto que hubieran caído más a propósito en persona privada o religiosa, porque todas fueron puramente morales. Las políticas no se puede negar que, o le faltaron en gran parte, o la blandura de su condición y el rendimiento a sus privados, le despojó totalmente del uso de ellas. Atribuyóse generalmente más a esto que a defecto en el talento la poca parte que quiso tener en el gobierno, y hay criados suyos, muy familiares a su persona, que afirman haber sido dotado de un ingenio no sólo bueno sino excelente, y que tal vez hablaba y discurría en la ambición de los privados. Pero fue tan fatalmente rendido a ellos que, habiendo precedido algún aviso de los inconvenientes de algo que le habían de pedir, y ofrecido no concederlo, no fue en su mano (y confesólo así, disculpándose con quien le había advertido) dejar de otorgarlo: tanto le inclinaba su natural a inclinar su voluntad.

¹² Ibarra, Francisco, *Relación...*, *op. cit supra* nota 11, págs 22-24.

Poseyóla con notable mano don Francisco Gómez de Sandoval, duque de Lerma, los 18 primeros años de su gobierno, hasta que la envidia, invencible a excesivas felicidades, y el descontento de haber puesto en grandes lugares algunos criados, o suyos no bien quistos, o (lo que es más cierto) haberse transferido ya la gracia del Rey en el duque de Uceda, su hijo, le hizo caer del mayor lugar que pudo tener vasallo con su príncipe, si bien no con mayor estrago de sus cosas que dejar la corte con la ocupación y mano que en ella tenía en poder de su hijo, de quien se afirma que trazó su disposición, impaciente de aguardar a sucederle en la total privanza de sus días: tal es de ciega la ambición y de tal manera olvida las mayores obligaciones que pudo creerse esto..."¹³.

Mas el motivo de las páginas que ahora hilamos tenía como fin presentar unas cartas. Y éstas no ofrecen detalles de la vida en campaña, ni de estrategias bélicas. No hay en ellas (excepto en la que publicamos con el número V) alusiones a proyectos militares, ni a inquietudes por ascensos. Hablan, al contrario, de la admiración por Flandes que había nacido en Ibarra, porque allí sentía don Francisco mayor igualdad entre las gentes que en España (aunque se viviese con mayor miedo), porque se confesaba rendido ante la excelencia de la pintura flamenca, porque en aquellas tierras se imprimían hermosísimos libros y se tejían magníficos tapices, porque, a pesar de lo helado del clima, de sus largos inviernos, de esa su enorme frialdad para quien había nacido en el Mediterráneo, se abrasaba a causa de una enfermedad incurable, como él llamaba, la del amor; porque había descubierto entre la nieve la dulzura también nivea de las mujeres flamencas y su correcto castellano, y se dirigía epistolarmente al amigo en Sevilla para que lo ayudase en su desamparo, en el siempre doloroso desamor.

La dos primeras cartas que custodia el manuscrito tienen fechas de 3 de octubre y 30 de noviembre de 1611 respectivamente, tres años después de haber llegado don Francisco a Flandes para emprender la carrera militar, hecho que ocurrió en abril de 1609¹⁴. Ignoramos si la amistad surgida entre don Juan de Vera y don Francisco de Ibarra tuvo su principio en España o, lo que es más probable, en Flandes, donde estas cartas confirman que anduvo alguna vez el que sería conde de la Roca a partir de 1628¹⁵. Lo cierto es que en aquel momento, en 1611, mantenían ya una correspondencia regular, y al parecer nutrida, que incluía el jugoso, y grato para ambos,

¹³ *Idem.*, págs.100-101.

¹⁴ Morel-Fatio, A., *opus cit.* *supra* nota 3, pág.318.

¹⁵ *Vid. infra* Documentos I y V, págs.12 y 17.

intercambio de papeles y relaciones, que canjeaban y discutían llevados de sus aficiones literarias y su mutuo amor al libro¹⁶. Lo que sí podemos asegurar con certeza es que tan perenne amistad no nació en Sevilla, donde don Juan ya vivía en 1599, porque don Francisco en una de sus cartas confesaba no conocer “tan buen lugar” como debía ser aquella ciudad andaluza y afirmaba sentir la “justa curiosidad” por verla, curiosidad que el amigo, sin duda, le había infundido en su correspondencia escrita.¹⁷

La primera carta es un billete de presentación que tal vez llevase el mismo interesado en mano, don Luis de Monsalve, a don Juan de Vera porque al parecer este amigo de Ibarra se encaminaba por alguna razón a Sevilla, y el conocimiento de los vericuetos de la compleja urbe estaban necesitados de la guía de un experto en ella. Nadie como Vera sabía de los entresijos del mundo que rodeaba aquella orilla del Guadalquivir.

El segundo documento, una carta escrita desde Mariemont en 1611, y sobre todo el tercero, sugieren el mutuo interés de Ibarra y de Vera por algo más que la sola bibliofilia; hablan estas epístolas, como lo hacen tantas otras olvidadas en nuestros archivos, del fluir sin ataduras en un intercambio cultural y literario europeo desde las fronteras de España a otros lugares, y viceversa, deshaciendo una vez más la intencionada y falsa idea que difundiesen ciertos historiadores, sobre todo ingleses, a cerca de la oscura cerrazón de España en el periodo de los Austrias desde el advenimiento de Felipe II, con ello tiñéndonos en nuestro pasado más glorioso de un absurdo oscurantismo que a veces es difícil de arrancar, difundido aquí y allá en tantos libros de texto y manuales al uso.

En los dos amigos descubrimos el deseo de no permanecer aislados o ignorantes respecto a las novedades editoriales que la distancia podía imponerles. Ésta es la preocupación que se entreve en la carta escrita desde Tervuren en 1618 (doc.V) en la que don Francisco agradecía la relación de autores (quizás de obras) que en España gozaban de mayor auge en el momento y, a su vez, las epístolas testimonian el deseo que Ibarra tenía de que su amigo viese los “buenos libros” que se imprimían en Flandes. Quizás, animado por el conocimiento *in situ* de este cuidado editorial, le aconsejaba que la segunda impresión del libro que entonces Vera acababa de escribir, *El Enbaxador*, se realizase en el norte de Europa, en Amberes, la joya de Flandes por la sin par tradición impresora de los sucesores en el gremio de Plantino (doc.VI).

Y gracias a esta correspondencia, por ese siempre mutuo interés hacia el libro, sabemos que el primer diálogo sobre la diplomacia conocido, *El Enbaxador*, escrito

16 *Vid. infra*. Documento II del presente estudio, pág. 13.

17 *Vid. infra*. Documento II del presente artículo, pág. 13.

por el receptor epistolar de nuestro capitán, don Juan Antonio de Vera, corría manuscrito por Flandes ya en 1618 (la obra no se imprimió hasta 1620) y que allí don Francisco de Ibarra lo difundía entre sus amigos aficionados a las buenas letras y prácticos de la diplomacia, como el emisor de la carta lo fuera en Lorena.

Tal vez la afición y el gusto formado de Ibarra por el mundo el libro, aunque en su persona acrecentados, tuviese un origen en el propio seno familiar, ya que su padre, D. Carlos de Ibarra debió ser curioso lector, o mecenas acaso, en cuanto se conocen algunas obras a él dirigidas, incluso de carácter científico, tal vez lógica consecuencia de haber sido los Países Bajos prolífico suelo para las publicaciones matemáticas. Sea el caso del tratado escrito por el extremeño Alfonso de Molina Cano, militar destinado en Flandes, cuyo título reza *Descubrimientos Geométricos*, impreso en Amberes el año de 1598. En la dedicatoria de la obra se expresa el agradecimiento de Molina hacia Ibarra, entonces Veedor General de los Estados de Flandes, por haberlo defendido -se vislumbra que científicamente- durante su ausencia¹⁸.

Pero indicábamos cómo merced a la correspondencia entre los amigos sabemos de curiosos detalles sobre las novedades literarias que intercambiaban ambos; sabemos que Francisco López de Zárate, antes de la edición de sus *Varias Poesías* en 1619, había dado a la imprenta algunas composiciones suyas, *Silvas*, que quizás se vendiesen en las esquinas de cualquier plaza, colgadas (parafraseando a Rodríguez Moñino) por su doblez principal, tendidas en una cuerda, en Pliegos de Cordel¹⁹; *Silvas*, en aquella edición, quizás flamenca, que disfrutase Ibarra, hoy perdida. Sabemos también que López de Zárate en 1618 trabajaba en un *Poema heroico* que no publicaría hasta 1648, el *de la Invención de la Cruz*, y que *El Faetón* de Villamediana había llegado a Flandes en 1618 (téngase en cuenta que la primera referencia a la fábula es de 1617 y que no se publicó hasta 1629²⁰). Las oscuridades del seguidor gongorino Tassis y Peralta, las metáforas extravagantes por él practicadas, muchos de los versos cuyo significado algunas veces, y a pesar de la mucha voluntad que se emplee, cuesta alcanzar, disgustaban especialmente al capitán lector

18 Más datos sobre este personaje véanse en Cobos Bueno, J.M., "Rodrigo Dosma Delgado, un hombre de su tiempo" en las *Actas de las XI Jornadas Bibliográficas Bartolomé J. Gallardo*, Badajoz, Ubex, 2005, págs.43-53.

19 Rodríguez Moñino, A. *Poesía y Cancioneros*. Madrid, 1968, pág.32. La primera edición conocida de *Silvas* de López de Zárate es de 1630.

20 Cossío, J.M., *Fábulas mitológicas en España*. Madrid, Espasa Calpe, 1952, pág.429. La edición primera es de Zaragoza, en casa de Juan de Lanaja.

de versos, disgusto que no sabemos si compartía de pleno con su amigo Juan Antonio de Vera, quien había expresado sus ideas poéticas en cierta ocasión²¹.

Pero más allá de todo este mundo literario rico en noticias de ediciones perdidas o desconocidas; más allá de cuantos curiosos detalles ofrecen las cartas sobre los hermosos tapices flamencos, con la relación de precios, colores y diseños de última moda; más allá del intercambio de comentarios sobre costumbres cortesanas, de asuntos de alcoba rayanos a lo cómico, sin duda lo más valioso de ellas es el asombro que nos producen al acercarnos al hombre, que ya, gracias a las epístolas, no significará sólo una cita pobre y aislada en un tratado de bibliografía o una nota a pie de página en un libro de historia o genealogía. Ahí está ese sincero capitán de lanzas español, derramando sobre el papel, su péñola en mano, apasionado, amante, ausente, lo más íntimo y querido de su persona. Ahí está saltando las barreras del tiempo.

Por confesión suya conocemos que escribía versos, aunque la timidez le hiciese conservarlos en secreto, y que era autor de teatro, no importa mucho ahora que dudase de su valía para ello. Leía incansablemente y en la palabra escrita hallaba refugio para su enfermedad, la del amor²².

Don Francisco realizó un viaje a España antes de 1619 no sabemos con qué pretexto pero seguro escondiendo la verdadera razón, el despecho de su dama, una ausencia querida, una distancia impuesta para alejarse del dolor. Él mismo lo confesaba a su confidente, a don Juan de Vera²³. Poco antes había deseado partir camino a Italia, buscando nuevas luces o esperanzas nuevas. Allí estaba el duque de Feria, muy amigo del amigo, y su lejano pariente, y le decían que en Milán los soldados se encontraban “muy bien hallados” con don Gómez y él añoraba ese cambio de destino militar no sabemos si por idéntico motivo que el que lo condujo a España²⁴.

21 B.N. de Madrid, ms.5781, “Colección de cartas de eruditos y papeles referentes a la antigüedad clásica que pertenecieron a don Antonio Agustín”, fols.113-117. Carta de don Juan de Vera a don Juan de Fonseca. Este documento inédito lo reproducimos en Fernández Daza Álvarez, Carmen, *El primer conde de la Roca*, op. cit. *supra* nota 1, págs.337-342.

22 V. *infra*, documentos IV, V y VI.

23 V. *infra* doc. VI.

24 V. *infra* doc. V. El III duque de Feria, don Gómez Suárez de Figueroa, fue como embajador a París en 1610 para dar el real pésame a Luis XIII por la muerte de su padre, Enrique IV, y con este pretexto negociar las “bodas españolas”, la del príncipe de Asturias (luego Felipe IV) con Ana Isabel de Borbón (hija de Enrique IV) y la de Luis XIII con Ana de Austria (hija de Felipe III). En esta misión extraordinaria don Juan Antonio de Vera acompañó en calidad de secretario al duque de Feria. V. Fernández-Daza Álvarez, C., *El primer conde de la Roca*, cit. *supra* nota 1, págs. 76-79, y además la propia declaración del autor en su diálogo, *El Enbaxador*, discurso I, fol.48. Manejo la edición fac-

Entendía Ibarra que una recomendación de don Juan sería la mejor carta de presentación para llevar a Feria, aunque él tenía también amigos poderosos, como el Archiduque Alberto, que podían ayudarlo²⁵.

Pero don Francisco permaneció en Flandes y allí escribió la *Relación* de las campañas en las que él participó. En 1619 redactó la última carta que de él conservaba don Juan, o que el tiempo nos ha legado. Su único viaje conocido fue a Madrid y esa estancia hubo lugar en la primavera de 1621.

El Archiduque Alberto lo envió a la corte española para que solicitase al rey Felipe IV una alta cantidad de dinero necesaria para continuar con éxito la guerra en Alemania. Junto a esta petición acompañaba además otra: tenía la misión de obtener para don Carlos Coloma el cargo de general de la armada del Palatinado. Como bien indicaba Morel-Fatio la elección de don Francisco para desempeñar tal embajada nacía de la situación privilegiada del padre en la corte española. Don Diego de Ibarra (ya lo dijimos) pertenecía al Consejo de Estado de Felipe III²⁶.

En Madrid fue muy bien recibido por los colegas del padre, quienes lo recomendaron al recién llegado monarca Felipe IV. La presencia de Ibarra coincidía con el advenimiento de un rey nuevo y allí, en ese ambiente renovado de palacio, se hallaba ya un viejo amigo y confidente, don Juan de Vera, quien pronto se pondría a trabajar en el aparato de propaganda política de Olivares y quien tenía en sus ojos hendidos los destellos del deseo de poder. Por ello no fue necesario para estrecharle las manos viajar hasta Sevilla, como una y otra vez le repetía en su correspondencia epistolar.

Don Francisco de Ibarra permaneció poco tiempo en España. En Julio de 1621 ya se encontraba en la frontera de Irún²⁷ y marchaba al norte de Europa sin haber logrado cumplir su misión absolutamente, pues la cantidad que prometía el rey no se adecuaba a las extensas necesidades de la guerra del Palatinado.

En esa ausencia de Flandes había ocurrido un suceso sin duda para él poco grato en los Países Bajos, la muerte del Archiduque Alberto. El capitán de lanzas, en su calidad de gentilhomme²⁸ y por el cargo que el padre desempeñase como Mayordomo, así como por cuanto deja entrever en la correspondencia escrita y diri-

similar de la obra de la edición de Sevilla, Francisco de Lyra, 1620, hecha en Madrid, 1947. El III duque de Feria fue gobernador de Milán en dos ocasiones, v. *infra* nota 31.

25 V. *infra* documento III.

26 Morel-Fatio, A., *opus cit. supra* nota 3, págs.319-320.

27 V. Morel-Fatio, A., *opus cit. supra* nota 3, documento IV. Memorial enviado por don Francisco de Ibarra a don Juan de Ciriza, con fecha de 15 de julio de 1621, en Irún.

28 V. *Colección de Documentos inéditos para la Historia de España*, 112 vols. (Madrid, 1842-1896). Tomo XLII ("Cartas del Archiduque Alberto"), pág.229.

gida a don Juan de Vera, había tenido una relación directa y estrecha con el fallecido y cierta admiración hacia su persona, según se lee entrelíneas en la *Relación*.

Una vez en Flandes estuvo algún tiempo en Bruselas para dar noticia de su viaje a España e inmediatamente volvió a la armada, bajo las órdenes de Gonzalo Fernández de Córdoba. Su *Relación* se interrumpe el 23 de diciembre de 1621, momento en que las tropas capitaneadas por Fernández de Córdoba se dirigían a los cuarteles de invierno. Nada más se sabe de él hasta el triste, pero feliz para España, 29 de agosto de 1622. Don Francisco, entonces maestre de campo, murió en la batalla de Fleurs librada en la fecha referida. Un frío documento de Estado recogía las bajas habidas en combate:

“Del ejército de Su Majestad murieron el maestre de campo Don Francisco de Ybarra de un mosquetazo y dos capitanes de caballos y algunos de infantería y heridos diferentes capitanes y oficiales...”²⁹

Alguien conoció pronto la noticia, ese amigo que hacía poco lo había encontrado con casi absoluta seguridad en la corte, y él mantuvo la vida que para siempre quedaba retenida en el papel escrito. Apretó las cartas en su centón de correspondencia y quiso conservar en ellas la memoria del ausente. Don Juan de Vera, en esa misma fecha, en ese 1622, entregaba a la imprenta su *Epítome de la Vida y hechos del emperador Carlos V*, y con la euforia que embargaba entonces al Conde Duque en su ministerio, dirigía la obra al hermano de Felipe IV, don Carlos, esperanzado en que los nuevos bríos traerían la resurrección del tiempo pasado, el de otro Carlos, que con grandeza había dominado el orbe.

Para él, coincidiendo con aquella victoria de Fleurs, se abrían grandes sueños, para don Francisco finalizaron todos, y en nosotros acaso de su trasiego en el mundo el solo y vivo recuerdo en unas cartas y en una *Relación* militar.

29 A.G.S., *Estado*, n.º 2139, fol. 251.

ANEXO

CORRESPONDENCIA DE DON FRANCISCO DE IBARRA Y BARRÉS
DIRIGIDA A DON JUAN ANTONIO DE VERA Y ZUÑIGA

DOCUMENTO I:

CARTA DE DON FRANCISCO DE IBARRA A DON JUAN DE VERA. MARIEMONT, 3 DE OCTUBRE DE 1611.

Habiendo escrito a V.M. con el ordinario y sabiendo tan cierto el viaje de don Luis de Monsalve, que lleva estos renglones, pudiera excusarlos si no deseara con ellos granjearle su amistad y buena compañía de V.M. a persona que tanto quiero como don Luis, con que pienso pagarle mucha parte de lo que le debo.

Suplico a V.M. en mi nombre haga mucha merced y acogida a don Luis reparando la poca plática que él tiene de Sevilla, como lo hiciera con V.M. en Bruselas, trabajo que fiado en su buena maña espero ha de ser de pocos días. Remito lo demás a la correspondencia ordinaria y deseo en todas que V.M. tenga mucha salud y gustos. De Bruselas a 3 de octubre de 1611.

Don Francisco de Ibarra.

DOCUMENTO II:

CARTA DE DON FRANCISCO DE IBARRA A DON JUAN DE VERA, MARIEMONT, 30 DE NOVIEMBRE DE 1611.

Con este ordinario tuve su carta de V.M. de 12 de octubre en que me dice la orden que tenía en escribir desde Sevilla. Yo la observaré con la puntualidad que debo a tanta merced. Habrá recibido V.M. otras dos cartas más que he escrito, y visto en ellas lo que deseo, que V.M. continúe las suyas. No faltaré en solicitarlo cuando pudiere y en dar muestras a V.M. de lo que deseo servirle en cuantas ocasiones se ofrezcan de hacerlo.

Quedo juntando algunos papeles y haciéndolos poner en limpio para enviarlos a V.M. en esperanza de granjear algunos de V.M., que es lo que puede consolar el riesgo de enviar los míos.

Volviendo a España muy justa curiosidad será ver tan buen lugar como Sevilla, pero más me llevará el besar a V.M. las manos, en el que lo deseo en extremo. Déme V.M. mientras tanto muy buenas nuevas de su salud y mándeme cosas de su servicio a que acudiré como deseo. Guarde Dios a V.M. como deseo. De Mariemont. a 30 de noviembre de 1611.

Don Francisco de Ibarra.

DOCUMENTO III:

CARTA DE DON FRANCISCO DE IBARRA A DON JUAN DE VERA, GANTE, 17 DE SEPTIEMBRE DE 1618.

Cuanto V.M. me dice en su carta de 24 de julio que desea saber de mí, habrá visto en las que le he escrito, la última fue a 17 del pasado. Por ésta beso a V.M. las manos mil veces y por las buenas nuevas que me trae de su salud, para mí de tanta estima, como creará V.M. fácilmente. Toda esa seguridad se promete la voluntad cuando sabe de sí que la merece.

Desde aquí querría quitar a V.M. ese vano escrúpulo con que no acaba de asegurarse de su *Embajador*³⁰, que si no osara condenarle por injusto, osare aportar al menos que lo es. Deseo muchísimo verle. Suplico a V.M. no lo difiera más, ni el decirme si recibió mi comedia y lo que siente de ella menudamente.

Aquí he visto (que en merced no tuve tiempo) el *Phaetante* de Villamendiana³¹ y he visto tan de prisa que no sabré hacer juicio de él. Creo será lo mismo viéndole con más espacio porque infinitas cosas contiene y será por ventura lo más excelente de parte de nuestra lengua. Siento mucho lo que allí se me diga de la latina tan sin haberlo menester, que excluye voces nuestras más propias. Hartas veces y a mi juicio (sólo a V.M. osara decirlo) puede dudarse si está escrito en castellano o es otra lengua particular. Tiene pedazos muy buenos, y como toda la fuerza parece la pone en el decir y en lo raro de las locuciones, hallo poco que admirar en la sentencia, que en efecto no puede negarse que sea el alma y la parte principal de lo que se escribe, para lo que sirve la gala de las locuciones como de adorno y vestido, y así hallo que lo entendieron cuantos poetas he leído latinos y [de] otras lenguas, menos la francesa, que sus poetas han pecado en eso mismo los más.

Francisco López de Zárate es a mi juicio insigne persona (y no le conozco) pero hanme aficionado unas canciones suyas con nombre de *Silva* que andan impresas³².

30 El *Embaxador*, un diálogo con asunto diplomático, fue la obra con la que saltó a la fama don Juan Antonio de Vera, I conde de la Roca desde 1628. Alabado por Lope de Vega, Gracián y otros muchos escritores del siglo de oro, se convirtió en el “vademecum” de cuantos querían iniciarse como embajadores. La primera impresión de la obra se realizó en Sevilla, con los tipos de Francisco de Lyra, en 1620. Fue traducido al francés e italiano en 1635 y 1647 respectivamente, pero estas cartas documentan la pronta difusión manuscrita del diálogo.

31 De 1629 data la impresión de la *Fábula de Faetón* del conde de Villamediana pero esta carta de Ibarra testimonia la pronta y extensa difusión de aquella, hecho harto conocido. Téngase en cuenta que la primera vez que aparece mencionada la fábula es en 1617.

32 La primera impresión de la obra de Francisco López de Zárate, *Varias Poesías*, tuvo lugar en Madrid, Viuda de Alonso Martín de Balboa, 1619.

Dícenme que sacará a luz brevemente un poema heroico de la Redención de la Cruz en que ofrece mucho más, tanto bastará para que sea muy bueno. V.M. me diga qué noticia tiene de él y lo que siente³³.

Cuanto a la tapicería digo, señor, que hallarla a menos precio de lo que vale será imposible de las nuevas, porque todas se compran de las tiendas o se mandan hacer, sino es alguna vez accidentalmente sucede venderse alguna, que de eso no hay que hacer caso, porque es una vez en mil años. De las antiguas se hallan algunos lances³⁴ y son, a estimación de muchos, mejores, pero si uno quisiere hacerla hacer, teniendo paciencia de aguardarla, trataríamos de que fuese con unos patrones nuevos que ha hecho el Archiduque³⁵, la mejor cosa que jamás se ha visto, de manera que hablándole yo en ellos (sin intento de lisonjearle) le dije que sólo tenían malo que destruían las demás tapicerías, porque a su lado no podían medrarse. Conforme a esto podrá V.M. resolverse. El precio será, a lo que yo creo, a veintiuno o veintidós florines de cuatro reales cada uno, que es casi lo que V.M. decía. Los patrones son de jardines y perspectivas que imitan la pintura, de manera que lo parecen, y la orla son plumajes que parecen muy bien. Vuesa merced conforme a esto disponga lo que mandare y el remitir el dinero sea a algún otro hombre de negocios de Amberes conforme la cantidad de las lanas. Cuanto al llevarla habrá de ser por mar, y cuanto a mí yo la aseguraría porque con los piratas no hay cosa segura, al menos así me ha sucedido con ¿ni sé que ropas! que traía por mar, que me las llevaron a Argel.

Que Dios guarde a V.M. muchos años, como yo deseo. De Gante, a 17 de septiembre de 1618.

Don Francisco de Ibarra.

33 Se refiere sin duda al *Poema heroico de la Invención de la Cruz* (...) que no se editó hasta 1648 en Madrid con los tipos de Francisco García.

34 "Lance- Vale también por conveniencia y oportunidad, en que se compran las cosas por menos precio de lo que valen...". *Diccionario de Autoridades*. Manejo la edición facsimilar hecha en Madrid, Gredos, 1984 (reimpresión) de la de Madrid, R.A.E., 1732, Tomo II, pág.357.

35 Evidentemente habla del Archiduque Alberto, a cuyas órdenes se hallaba en Flandes el capitán don Francisco de Ibarra y con el que parece tuvo estrecha relación, idea que reafirma la presente carta.

DOCUMENTO IV:

CARTA DE DON FRANCISCO DE IBARRA A DON JUAN DE VERA. Tervuren, 16 DE OCTUBRE DE 1618.

Como no le deba haber sucedido a V.M. caer de ninguna valía que haya tenido, no se duele del rigor con que me ha tratado su olvido. Tanto ha vertido que hubiera sido piedad haberme hecho menos merced por lo pasado, y en prueba de lo que codicio su buena gracia de V.M. van estas quejas muy contra mi condición, que siempre las juzgué por inútiles en los desfavorecidos, y así no suelo usarlas.

No cura el tiempo la soledad que hace merced, antes pone de peor condición; la herida cada día se siente más, si bien algunas cosas por acá entretienen y parecen bien, como eran éstas de cotejarse con las otras.

V.M. me diga como está y en qué se entretiene y si escribe algo. Sírvasse de que lo veamos, que yo responderé a ello mas brevemente que V.M. a la comedia que le envié, tan necesitada de su censura que hubo de ir (bien contra mi voluntad) antes de saberla con harta duda de lo que parecería, que no osé mostrarla a otro.

Acuerdo a V.M. que hay muy buenos libros y pinturas por acá y que mi voluntad y deseos de servirle merecen muy poca ociosidad. Guarde Dios a V.M. muchos, como yo deseo, de Tervuren, 16 de octubre de 1618.

Don Francisco de Ibarra.

DOCUMENTO V:

CARTA DE DON FRANCISCO DE IBARRA A DON JUAN DE VERA. Tervuren, 6 DE DICIEMBRE DE 1618³⁶.

Bueno es quejarse V.M. de que viene [a Bruselas] cuando falta de allí un servidor que [pue]de hacer tan poca soledad y no [dudo] de lo que yo he perdido en esto sabiéndolo [en] tan buen lugar, que por lo menos en [+] lamento con la ventaja de que va de merced a Bruselas³⁷.

36 Documento deteriorado. Faltan un par de palabras al final de cada línea en todos los folios de la carta. Señalamos con [+] los vacíos existentes.

37 A una estancia de don Juan de Vera en Flandes ya había aludido Mattingly en su libro *Renaissance Diplomacy* (London, 1955), sin indicar la fuente en la que apoyaba su afirmación ni la fecha del viaje. V. Mattingly, G. Manejo la traducción española del conde de Campo Rey. *La diplomacia del Renacimiento*. Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1970.

Es cierto, señor, que no me consolaré en mi cuidado de haber alcanzado esta buena suerte, que aunque siempre he temido que [men]guara la privanza, el [+] de tra[ta]r a V.M. me lo hiciera tolerar. Antes de pasar de aquí, porque no me olvide, vuelvo a suplicar a V.M. me diga si recibió una comedia que le envié con un criado de [mi] hermano, diciéndole el motivo que tenía y lo que deseaba saber, que juzgaba [+] ella V.M. porque por no mostrarla a nadie estaba con mucha duda de como sal[+] y habiendo esto mucho tiempo y tenía después acá algunas cartas de como jamás [+] Notable capítulo será en la historia de estos tiempos lo que ha pasado en palacio y la resp[+]da del duque cardenal. Si fue de acierto sentir[+] han a mi parecer muchos y no gana [+]de las cosas públicas si ya la resolución que V.M. dice ha tomado Su Majestad de tratar [+] finalmente los negocios no los pusiese en mejor estado como será sin duda si persevera en ellas.

Toda su relación de V.M. confirma con las demás que he visto, y es de los casos que menos he visto varían los escritores. El día en que salí de España hice cuenta que me despedía de la era presente, pero no pensé que se desbaratara tan por esto el juego. [+] solo bien posible la desdicha de los que vivimos desterrados de España y la corte. Aquí se vive en más igualdad aunque también con más limitadas esperanzas, especialmente en tanto que no se nos acaba de restituir las guerras. En nuestros vecinos los holandeses continúan algunas sediciones que se levantan en materia de religión y si [+] las demás ya pudiera ser que diesen algo en buena ocasión de mejorar más cosas empeorando las suyas pero por no aventurar a romper la tregua no se si se atiende a [+] se pudiera.

Más cosas esperándolas suyas pero por no aventurara romper la tregua, no se si sea bien de osar[+]. En Milán están muy bien hallados con el duque de Fera y yo estoy deseoso de besarle las manos y servirle más de cerca. De ahí suplico a V.M. apadrine este deseo, [por]que cuando yo se le escribía al duque [no había] hecho este buen oficio³⁸.

Tapicerías de lance no se hallan aquí viejas y son harto buenas pero suelen pasar dos o tres años sin que se ofrezca [ninguna oca]sión y cuando la hay es menester pagar [al]go de las nuevas. Hay varios precios y si manda hacer es menester dar antemano la tercera parte del dinero cuando está medio hecha la otra y la última que [+]do se trae a casa.

38 El III duque de Fera, don Gómez Suárez de Figueroa fue gobernador de Milán entre 1618 y 1626. Nominado por segunda vez para el mismo cargo en 1630, murió cinco años más tarde, en Milán. V. Fernández de Bethencourt, F., *Historia Genealógica y Heráldica de la Monarquía Española*. Madrid, 1905, T.VI, págs.185, 212.

Hácese ahora aquí unas tapicerías (las mejores que jamás se han visto) de unos patrones inventados por el archiduque, de unos jardines y algunas perspectivas que imitan la pintura y lo n[ovedo]so de los colores al óleo, de manera que las demás junto a ellas parecen naipes y cuestan a setenta y dos reales el ana³⁹ y en verdad que ya que va a gastar, si p[uede] un poco más, yo aconsejara esto porque es la más linda cosa que jamás se ha visto. De eso otro género hay muchas y de todos por conforme a eso. V.M. resolverá lo que fuere servido. También hay una de lana de plumajes que es harto [+] esta es la de los elementos, escogiera [+] y la letra puede venir a algún hombre de negocios de Amberes que, conforme con lo que V.M. escogiere, de lo que digo puede colegirse el precio casi puntualmente, y si se hubiere de labrar bastará por ahora enviar la tercera parte. Quanto a los reposteros yo haré hacer un patrón en volviendo a Bruselas y escribiendo a V.M. de qué precios suelen labrarlas, que para este género de tapicería bastará del que V.M. señala, pero no creo suelen hacerse de tanto cuidado.

El invierno de aquí es tan largo que puede V.M. no embarazarse en la merced que quiere hacerme de los prensados tan aprisa. Yo se lo suplicaré a V.M. a su tiempo, sin [+] en cifras, porque nunca estuve bien con ellas, porque dicen todo lo que no se quiere decir. Que Dios guarde a V.M. muchos años, como deseo. De Tervuren, a 6 de diciembre de 1618.

Don Francisco de Ibarra.

DOCUMENTO VI:

CARTA DE DON FRANCISCO DE IBARRA A DON JUAN DE VERA. MARIEMONT, 20 DE AGOSTO DE 1619.

La carta encaminada por manos del librero que V.M. dice, no ha llegado a las mías, ni la de Federico Maesalaer, que me pesa porque fuera lisonja para él verse escribir de tan lejos, fuera de que sin duda se lo habrá dicho don Juan de Villela, a quien yo lo revelé hablando los dos en su libro.

Es don Juan persona de excelentes letras. Puede ser que V.M. lo conociese oidor de Indias, ahora lo es del Consejo Real y superintendente aquí de le justicia militar. Téngole prevenido para que lea su *Embaxador* de V.M. y no será mal juicio el que hiciere. El mío, quisiera yo capaz de obedecer a V.M. y sin duda lo hiciera de mejor

39 "Ana- Cierta medida con que se miden las tapicerías: tiene con la vara Castellana la proporción de cuatro con cinco...". *Dic. Aut., cit. supra* nota 27, Tomo I, págs.278-279.

gana eso, declarar lo que sentía del libro, que en elogiar sobre él porque, fuera de que mis versos no son para tan en público, el uso que se tiene de emplearlos en este género de alabanzas sólo practicadas en los de nuestra lengua, no se conforma mucho con mi parecer. Antes se lo diera yo a V.M., de que no admitiera nada en ese género que lo tengo por cosa vulgar y no digna de tales escritos como es, sin duda serán, los de V.M., pero en hacer un juicio de todos ellos tal cual fuera me empleara de buena gana y si V.M. puede hacer que antes de fenecer la impresión pueda ver el libro atreverme a desvelarme cuatro noches en fin de que si el trabajo no saliere al libro no se le reprobara a V.M. y sino podrá quedar para la segunda impresión que se podrá hacer en Amberes mejorada de papel y letra⁴⁰.

El libro en que yo ando me tiene entretenido, que aún en el estado que V.M. sabe, no le leo sin mucha atención. Hay tiempo para entrambas cosas en esta soledad, en mí mucho mayor por el silencio indispensable que lo es más que cuantos vi jamás. Discurre V.M. sobre ese caso como pudiera el más presente a el [+] del todo, asegurado de haber sido entendido y así referiré la historia y, como dicen los juristas, asentaré primero el hecho puesto que no es posible con palabras del todo claras aunque no se dude de la seguridad de las cartas y léalo, pues pasa así:

Antes de mi ida a España, cosa de un año, teniendo yo bien empeñada la voluntad en otra parte, no sé si por dicha o por infelicidad, mas comenzó a mostrarme notable inclinación la que da materia a esta historia, entonces en el lado libre, ahora no.

Procedió esto de una infinidad de ocasiones que entonces tuvimos de hablarnos de que resultó conocer yo sus partes y a vueltas de esto las obligaciones y esperanzas en que me ponía, pero tan negro⁴¹ en ese otro afecto que antes hacía diligencias para no darme por entendido que para lograr tan buena suerte, pero, como para quien la tiene nada se la puede desbaratar, fue quitando la fortuna lances de tal empeño para

40 No deja de ser curiosa la opinión de don Francisco respecto a los poemas laudatorios con los que se acostumbraba encabezar las ediciones de la época. No sabemos si movido por este consejo, o porque don Juan de Vera no hallase a nadie que quisiera prologar su *Enbaxador*, lo dio a la imprenta desnudo de poemas en sus preliminares. Recuérdese como Cervantes en el prólogo del *Quijote* ridiculizaba la costumbre de colocar poesías laudatorias al principio de los libros y, atacando a Lope de Vega ("también ha de carecer mi libro de sonetos cuyos autores sean duques, marqueses, condes, obispos, damas o poetas celebrísimos..."), introdujo una serie de poesías burlescas de personajes salidos de los libros de Caballerías. Cervantes, Miguel de. *Don Quijote de la Mancha*. Barcelona, Planeta, 1990. Edición de Martín de Riquer. V. también la carta anónima de Lope de Vega que éste hizo difundir para reírse de un Cervantes al que nadie quiso elogiar en el prólogo de su *Quijote*. González de Amezúa, A. *Epistolario de Lope de Vega*. Madrid, 1941, Tomo III, pág.4.

41 "Negro- Se toma figuradamente por triste y melancólico... En la Germanía vale astuto y taimado...". *Dic. Aut.*, T.II, pág.661 y 662.

entrambos que se trabó correspondencia asentada por escrito con los más galantes papeles que jamás tuvo nadie, en español tan ladino, que si algún día nos vemos me ha de creer V.M., que antes lo revise, que no lo hará pues parece imposible.

Todavía perseveraba en mí el afecto primero, de suerte que con veras fue imposible seguir el segundo cuidado, bien que llevado de la golosina de los papeles y el hablar de noche y todos los demás favores que se pueden imaginar, excepto el último, me hacían perseverar con más codicia y curiosidad que aficioné de éste, de apretar entonces las pláticas por no llevarla a términos que fuese fuerza mudar yo de estado, que aunque era con grandes ventajas de hacienda y bastante calidad, tuve siempre notable ojeriza a tal género de prisión y, ora fuese esto ora ese otro empleo, puse diligencia en desviarlo, de que resultó darse por ofendida la pastora y condescender con sus mayores en una plática empezada y resistida mucho tiempo antes.

Estaba yo a la sazón en campaña con el ejército y tuve cartas tuyas diciéndome lo que resolvía y la razón que tenía para ello con mil quejas harto bien justificadas, rematando con mil eran los “de no olvidar jamás la ofensa”. A mi vuelta de campaña hallé-lo todo ejecutado y con eso resolví mi ida a España, no tan picado como pudiera y como ahora. El tiempo que estuve allá conservé el entredicho y ella también, a que anidaban mil testimonios que procuróles saber a sus oídos el marido, de que yo hablaba indecentemente de ella privándome de sus favores y refiriéndolo a mi vuelta.

Tras esto hubo medio como satisfacerla y volver a entrar en su gracia, tanto más que entonces me pareció la primera edad de unos amores. Dispúsose el hablarnos. Volvióse a los papeles y todo se trazó muy como la cosa que se pretendía, de mucha dura⁴², y habiendo de lance en lance la aceptación, una noche que hubo lugar de hablarle un rato, aunque delante de testigos algo desviados, quiso la fortuna tan mañosamente el atrevimiento, que se dio maña a obligarla a todo menos a lo que era lo último (y debajo de esto piense V.M. lo que quisiere, que, aunque se alargue a creer alguna cosa aun después de lo último no muy ordinaria, no se engañara). Con esto quedó llano todo para cuando hubiese más lugar, bien que no se capituló, como cosa que yo juzgué no necesaria. Traté luego de buscar nueva y más desembarazada ocasión pero salió al encuentro a esta diligencia, protestando que eso otro había sido acaso y de que estaba bien arrepentida y resuelta a no dar aquel paso (o casi nada) más que faltaba, y esto con notables demostraciones a que correspondió el cuidado de desviar toda ocasión pero protestando infinita voluntad.

Yo comencé a buscar y negociar ocasión pareciéndome que con ella se allanaría todo y, andando en busca de ella, negocié con una criada suya confidente de que me

42 “Dura- Lo mismo que Duración; pero con esta diferencia, que Duración propiamente es la de tiempo y Dura es la permanencia de las cosas, que se consumen con el uso...”. *Aut.*, T.II, pág.351.

metiese en su aposento. Esto no pudo tener efecto y a mí no me pesó por excluirlo de tan gran confianza a esta criada, resuelto también ya en lo que hice después.

Estábamos una noche en su aposento con la familiaridad de aquí danzando dos amigos míos, un pariente de su marido, ella y sus criadas y yo, prevenido de la buena ocasión, dije que me iba y pude muy a mi salvo esconderme detrás de su cama bien que sólo ella, o me vio o lo sospechó, de allí a más de una hora tratando todos de irse se resolvió en el mayor y más peligroso desalumbramiento⁴³ que yo vi jamás que fue (echándolo en risas y satisfecha de que con esto lo remediaba) decir que me había visto esconder y con una vela en la mano fue a buscarme y sacarme de donde estaba. Yo como pude (y creo que pude hartó mal) lo eché también en risa y de allí a un rato despedí-me con los demás y fui. Al salir me dijo que holgaría hablarme por la ventana que solía y decirme la justificación que pensaba haber tenido para tal acción. Yo le respondí que la que yo podía darme a mí mismo, de haber estimado persona de tan desacertado juicio, era no verla jamás y que así lo haría, con que me fui y después acá cumpliendo el fuero he vivido en perpetuas llamas mas de cuatro meses sin hablarla una sola palabra, bien que luego se ofreció una ausencia que ha durado hasta ahora menos ocho días que estuvimos en Bruselas en los cuales nos topamos y nos hablamos algunas veces.

Esto es, señor, cuanto al hecho y yo me muero por en [+] sacarlo, porque es la más gentil persona y de más lindo ingenio, talle y cara que se puede pensar y de lo más erguido de estos hemisferios. Dudo del modo notablemente, porque la cuesta de ambas partes ha llegado a la rotura que digo y no habiendo de mediar nadie, parece sería de mayor daño (de esto aparte la dificultad) entrarme por sus puertas, pues aguardar a que ella lo haga (aunque yo no dudo de que la voluntad está en pie o más crecida con el empeño de lo último) es una esperanza flaquísima y así no sé a que volver los ojos supuesto que no puedo pedir consejo a nadie menos que perdiéndome de todo punto y perdiéndola sin esperanza de remedio.

He querido referírselo a V.M. menudamente y sólo siento no poder acompañar la relación con media docena de papeles que le habían de responder sin tomar en cuenta que sea extranjera porque en nada les hallaría V.M. rastros de tal, ni en lo burlesco, que requiere términos particulares ignotos a todo extranjero por más ladinó que sea, pues aquí los hallará V.M. practicados con la gracia que pudiera quien V.M. me dice que cuida de si hay cartas mías, cuyo gusto se puede inferir de la interpretación de la cláusula “si ama”, queriendo excluirlo el interrogante⁴⁴. Digo que sí. Me conformo a que sea afirmativa puesto que de tal sujeto no se pudiera dudar

43 “Desalumbramiento- Error, desatino, desacierto, ceguedad...” *Aut.*, T.II, pág.100.

44 Son muchos los comentarios de los amigos de Juan A. de Vera acerca de su éxito con las damas y muchos también quienes lo tacharon de incorregible mujeriego. En 1619 estaba viudo.

menos que agraviando a V.M. Yo me holgaré de que se le comunique esa enfermedad y oír los remedios que juzgare a propósito⁴⁵, resuelto en no usar otros, si condolida de mí o gustosa de acompañar su piedad de V.M. quisiere que corra la cura por su cuenta. V.M. Se lo suplico de parte de uno de los que más deben amar hoy en el mundo y hábleme más despacio en esto que a sólo discurrir con V.M. en la historia fuera a nado de aquí a Sevilla de muy buena gana.

No quiero mezclar con otras materias la que ha hecho tan larga esta carta. V.M. perdone si le he embarazado y guárdele Nuestro Señor con lo gustos y acrecentamientos que yo deseo. De Mariemont, a 20 de agosto de 1619.

Don Francisco de Ibarra.

45 El amor como enfermedad fue tratado anchamente por la medicina de todos los tiempos, saltando al hecho literario desde la tradición del amor cortés. Alejado de la “melancolía” tal como la malinterpretaron los románticos, este morbo, también llamado “viola”, fue bien descrito ya por Arnau de Vilanova en *De amore qui heroicis nominatur*; se trataba de un *umor nero*, una excesiva cantidad de humores melancólicos que a su vez ocasionaban el estado morbooso que toma el nombre de melancolía. En el tratado se conciliaban la tradición árabe, las poéticas románicas y la filosofía de Occidente. Lo interesante en Vilanova, por la influencia que tendrá sobre consideraciones posteriores a cerca del mal, es que para él el amor no es una enfermedad auténtica, sino un fuerte deseo que puede conducir a un estado patológico. Aún existiendo causas fisiológicas, la principal era externa, el deseo de alcanzar la hermosura vista.